

temer de éstos, que son más y viven más holgadamente? No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quitan las guerras». Cervantes habría imaginado —según se desprende de estas palabras— una América refugio para los marginados de España, y no sería poca cosa que el héroe de Lepanto se hubiera sentido a sí mismo como uno más entre los *outsiders* de aquella sociedad indiferente.

Pero salvo en esta transcripción, el trabajo de José de Mesa es asombrosamente prescindente del *Persiles*. Ocurre, sin embargo, que amplios desarrollos de la novela póstuma están impregnados de una visión de América —fantástica y novelada, ciertamente— mucho más interesante que la ofrecida por otros autores del Siglo de Oro. Porque si se deja de lado a los cronistas de Indias, quizá no haya escritor que tan completamente trazara su panorama de la naturaleza y el hombre americanos. El eje, en esto, ha de pasar por el *Persiles*, pues la crítica ha señalado a menudo que, en tanto el *Quijote* es la novela de España, en el *Persiles* se propuso el narrador una especie de novela universal. Durante dos libros, como es bien sabido, el camino queda sustituido por el mar, y el mar era para Cervantes —de algún modo— esa ruta atlántica que siempre quiso atravesar. Azorín ha dicho que el libro es sobre todo el recuerdo de las olas espumosas y las playas doradas, de los crepúsculos sin ver orillas y las brisas saladas y tibias. Es también, por cierto, la aventura que las ventas y encrucijadas manchegas negaban a don Quijote y Sancho, y que el mar brinda generosamente a Persiles y Segismunda. Porque, como buen hombre de su tiempo, Cervantes ha imaginado los fondos insondables poblados de monstruos y sirenas, en una versión renacentista de la *Odisea*.

Todo esto ha pasado demasiado inadvertido, en buena parte, por frecuentes lecturas equívocas del *Persiles* y hasta del *Quijote*. Unamuno, por ejemplo, se entusiasmaba al sentir palpitar en el *Quijote* a España entera. Cuando el camino quedaba sustituido por el mar, en cambio, hallaba en el *Persiles* el «ejemplar típico de novela novelesca», y hasta sugería una especie de deserción del autor, según lo reflejan estas palabras de *Contra esto y aquello*: «El gusto de la novela novelesca me parece denunciar en un individuo o en un pueblo cierto cansancio espiritual o cierta endeblez de espíritu». Desde este criterio, naturalmente, se lee un *Persiles* exclusivamente referido a experiencias fantásticas y de orden literario. En los textos mismos, sin embargo, aparece un Cervantes conocedor del «mar océano», hasta donde era posible sin haberlo navegado jamás.

En el capítulo XVI del segundo libro del *Persiles*, cuando Periandro cuenta sus peripecias en el océano, Cervantes se detiene a describir la ribera de una isla. Se reconoce allí la atmósfera de los relatos propios de los cronistas de Indias, y América aparece mencionada a texto expreso, además, al detallarse cómo eran los frutos de aquellas tierras: «Al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecía tener en ellos las perlas del Sur, los diamantes de las Indias y el oro del Tíbar». Que Cervantes haya leído efectivamente a los cronistas de Indias, es cosa muy probable y generalmente admitida. Vale la pena precisar, sin embargo, que pudo leer a Gómara, pero no a Bernal Díaz, porque el libro de este último apareció sólo en 1632. Es una lástima, pues no conoció la verdadera historia de muchas miserias y violencias. De pronto, si hubiera leído a Bernal Díaz, amplios pasajes luminosos del *Persiles* se hubieran parecido a los lances más crueles del *Quijote*. Pero de lo que no cabe duda es de que Cervantes conoció el libro del Inca Garcilaso titulado *Comentarios reales*.

Un incidente desgraciado, por decir así, ha hecho que el interés en la relación entre este texto y Cervantes se haya desplazado de su verdadero centro. Max Singleton, un estudioso estadounidense, se empeñó en demostrar que el *Persiles* —lejos de ser la última obra de Cervantes— fue escrita en plena juventud del autor, en tiempos de la *Galatea*. Como hay cierto pasaje del *Persiles* que está indiscutiblemente influido por una lectura de los *Comentarios reales*, obra publicada en 1609, Max Singleton empleó todas sus fuerzas en demostrar que Cervantes no pudo inspirarse en su lectura: si lo hubiera hecho, adiós teoría de la redacción juvenil del *Persiles*. Y he aquí cómo se desencadenó toda una batalla sobre si tal o cual detalle está o no tomado del Inca Garcilaso: minucia crítica a la cual fue a parar algo mucho más importante, como es el crédito que Cervantes concedió a los cronistas de Indias y la información que llegó a tener sobre América. Hoy nadie discute ya el punto menor, y se admite que el *Persiles* es —efectivamente— el último libro escrito por Cervantes, y en parte influido por los *Comentarios reales*.

Corresponde recordar ahora que el Inca Garcilaso es un típico representante de América porque, sobre el nombre mestizo, apunta las palabras siguientes: «Me lo llamo a boca llena y me honro con él». Es hijo de una nieta del Inca Yupanqui y de un pariente del famoso poeta de la corte de Carlos V. Murió el 22 de abril de 1616, precisamente un día antes que Cervantes, como si el destino hubiera querido subrayar que —en algún sentido— se habían aproximado los caminos de aquellos hombres tan sustancialmente distintos.

Vale la pena pensar que en los *Comentarios reales*, Cervantes conoció uno de aquellos libros que la Corona terminó por considerar peligrosos, y cuya difusión en América se prohibió al fin. El anatema cayó sobre el Inca Garcilaso bastante después que él y Cervantes hubieran muerto: sólo en 1781, y por una Real Cédula en la cual se declaraba que los indios aprendían allí «muchas cosas inconvenientes». Había ocurrido ya el alzamiento de Tupac Amaru, y no es difícil imaginar que un libro escrito con honda nostalgia de la grandeza incaica fuese visto como un peligro para España. Es significativo, además, que la obra fuera reeditada después gracias a una suscripción popular. La organizó un hombre que creía ver en esas páginas un testimonio de «la tiranía, ambición y falso celo» de los conquistadores: tal era el criterio que sobre los *Comentarios reales* tenía el general José de San Martín.

Qué pudo entender Cervantes de las tradiciones, costumbres, leyes y vocabulario indígenas a que se refiere el Inca Garcilaso, es cosa que sólo puede resolverse en el plano de las conjeturas. No es absurdo pensar, sin embargo, que el libro debió de parecerle una formidable novela de caballerías, con el añadido de no ubicar las aventuras en el reino de Micomicón, sino en una remota pero verdadera región del planeta adonde había ido a refugiarse la maravilla. Después de todo, esta misma impresión causaron los relatos de Indias en cualquier español medio que por entonces leyese. Conviene tener presente, todavía, que el padrino de confirmación del Inca Garcilaso fue don Diego de Silva, hijo de Feliciano, el autor de aquella frase que sale en broma en el *Quijote*: «la razón de la sinrazón que a mi razón se hace». El propio Inca, pues, se acostumbró a aquellos disparates. Pero algo debió encontrar Cervantes en él, pues escribió —pensando en los *Comentarios reales*— el episodio de Antonio el español, en el *Persiles*.

Se trata de los capítulos quinto y sexto de la primera parte, y la historia de Antonio —náufrago refugiado en una cueva donde habrá de encontrar a una muchacha bárbara— se parece bastante al suceso de Pedro Serrano, contado por el Inca Garcilaso en el cuarto capítulo de su libro primero. Ya se han señalado, en el cotejo de los respectivos textos, las coincidencias más significativas: el ganar la isla a nado, para vivir allí tres años; el vestir pieles; el encendimiento del fuego frotando palos y piedras; la unión de balsas para formar puentes flotantes y la alusión a prodigios, brujerías, profecías y venenos de poderoso sortilegio.

Más allá de los detalles, sin embargo, vale la pena reflexionar también sobre la atmósfera general de ambos episodios. El de Antonio, el español, tiene algo así como una introducción, por lo menos si se ubica su centro en la imagen del mundo bárbaro, que Cervantes pintó acaso con la imaginación puesta en la recién nacida América. Al comienzo se conocen las andanzas europeas del español, que al fin se extravía en el océano. En un extraño y fabuloso pasaje, Antonio encuentra a un lobo que habla y escapa a este horror refugiándose en una cueva, en tierra desconocida.

A Joaquín de Casaldüero, deseoso de hallar en todo a un Cervantes ultracatólico, le parece que la tempestad es el pecado y el lobo, la consabida representación de lo depravado. La caverna, en consecuencia, sería el símbolo de la Iglesia en las catacumbas, que a la vez es la imagen de la Contrarreforma rodeada por «las fieras y la barbarie del protestantismo». No será censurable subrayar el exceso de esta última interpretación, que flota gozosamente ingrávida sin anclaje alguno en el texto. Mejor es observar la rapidez con que comenta Casaldüero el resto del relato, donde Antonio encuentra a la muchacha. Habla de la diversidad de lenguas y señala que el español «por medio del castellano (aquí sí que hay narraciones de Indias) le enseñó la ley católica, la bautizó».

Así es, en efecto, y mal podía Cervantes —en tiempos de la conquista— pintar de otro modo la evangelización de las Indias. Pero vale la pena observar de cerca el encuentro con Ricla, «una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando». Pasado el primer espanto, dice Antonio, «con atentísimos ojos me estuvo mirando y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba».

Un aire rousseauniano respira este episodio, en el cual Ricla se ha descubierto a sí misma y ha nacido simultáneamente al amor. El doble descubrimiento se ha cumplido sin temor alguno, como si la muchacha no se hubiera asomado a la profundidad de abismo de sus propios instintos. Por vueltas que uno dé a las cosas, este creer en la rectitud de la naturaleza librada a sí misma —el hombre naturalmente bueno de Rousseau— era en el siglo XVII cosa del pensamiento erasmista y algo esencialmente anticatólico: porque para la Iglesia, y dicho sea con las palabras bíblicas, el hombre es de mala levadura. El episodio de Antonio obligaría a revisar, en consecuencia, la interpretación según la cual Cervantes se desdice —en el *Persiles*— del erasmismo insinuado en algunos momentos del *Quijote*.

Sea como fuere, el hombre americano no pudo conocer la generosa opinión que Cervantes parece tener sobre él en su novela póstuma. No conocemos, por lo menos, datos

precisos que avalen la difusión de esta obra en el Nuevo Mundo, en los años inmediatos a la muerte de Cervantes. Sí los hay sobre otros títulos cervantinos en América, pese al deseo de la metrópoli de barrer bien la propia casa. Por una Real Cédula de 1531, en efecto, se prohibió pasar a las Indias «libros de romances, de historias vanas o de profanidad». Otra Real Cédula, de 1543, permite conocer mejor cuál era el temor que inquietaba a la corona: «Porque los indios que supiesen leer, dándose a ellos (a los libros de entretenimiento) dejarán los libros de santa y buena doctrina y, leyendo los de mentirosas historias, aprenderán en ellos malas costumbres y vicios». Y se recomienda luego, con palabras ilustrativas de la inseguridad en que vivían aquellas monarquías condenadas a la ruina: «y proveáis que ningún español los tenga en su casa, ni que indio alguno lea en ellos, porque cesen los dichos inconvenientes».

Como sucede invariablemente cuando la represión es de este modo enérgica, la malla se hizo pronto laxa y vulnerable. Los libros de caballería, agonizantes ya cuando Cervantes les dio el golpe de gracia, empezaron a gustar enormemente a los españoles residentes en la Nueva España. El contacto con una realidad incitante, cercana aún a lo fabuloso y mítico, reencendió el fuego por aquellos relatos que importaban poco en una España agrisada, donde la espada se sentía vencida por la edad.

Ya en 1586, y acompañando en una misma caja al *Amadís*, al *Olivante de Laura*, al *Primaleón* y *El caballero del Febo*, llegó a América la *Galatea* de Cervantes. Pero no sólo viajaron a ultramar sus desmayados y quejosos pastores. El 25 de febrero de 1605, Pedro González Refolio presenta a la Inquisición para su examen cuatro cajas de libros con destino a la colonia. En ellas venían cinco ejemplares de lo que hoy llamamos primera parte del *Quijote*: a sólo seis semanas de haber salido a luz la novela en la propia España. Doscientos sesenta y dos ejemplares del primer *Quijote*, en fin, según la estimación de Rodríguez Marín, llegaron a México entre junio y julio de 1605. En el correr de ese año, trescientos cuarenta y seis: ésta es por lo menos la cuenta declarada, pues es imposible conocer el volumen del contrabando.

La explicación de este interés es una sola: si mucho gustó el modelo, tanto o más gustó el adefesio. Es decir: si interesó en América el caballero andante, también su figura contrahecha. Porque está fuera de dudas que nadie en América entendió propiamente el *Quijote*: en 1608, en Perú, caballero y escudero protagonizaban una mascarada espantosamente ridícula, y todavía en 1621, en México, a Dulcinea la representaba un hombre de rostro fiero y atuendo grotesco. Pero cabe recordar que en la propia España, viendo reír a carcajadas a un muchacho con un libro en la mano, el rey Felipe III comentó: «Aquel estudiante, o está fuera de sí, o lee la historia de don Quijote». A pesar de estos equívocos, el espíritu cervantino estuvo tempranamente en América. Hoy, de cara a la conmemoración del Quinto Centenario del Descubrimiento, y en el esfuerzo hacia una nueva teoría de la hispanidad —en la cual se revise el pasado común de España y América, aceptando las diferencias enriquecedoras de identidades complejas— Cervantes es una presencia. La negativa del señor Núñez Morquecho es sólo un accidente anecdótico y, si Cervantes no estuvo en el Nuevo Mundo, sí estuvo don Quijote, llevando con él lo mejor del alma española.

Jorge Albistur